



SPSBAIXENCH

Srta. DORA ASTUA

La Protección de su Negocio al alcance

LLEVE SU RECIBO

CONTADO

Pesos Centavos

6 : 10

de su Mano

Si en tiempos normales es necesario una vigilancia extremada para que el fruto de su trabajo y los rendimientos de su negocio, no sufran quebranto,

¿Cuanto más necesario no lo será en situaciones críticas?

Esto unicamente lo consigue empleando la Máquina Registradora

NATIONAL

de la que es Unico Agente

A. T. Harrison

Apartado 946 - Teléfono 451

SAN JOSE,
Costa Rica

National

SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PANDEMÓNIO

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA

DIRECTOR:

A. T. CERVILLA GARCÍA

REDACTOR:

ARTURO GARCÍA SOLANO

COLABORADORES:

CARLOS SALAZAR GAGINI — FRANCISCO SOLER — RAFAEL CARDONA
ROGELIO SOTELA — J. ALBERTAZZI AVENDAÑO — LOS CLARENCE

AÑO X

31 DE MAYO DE 1915

NÚM. 135

DETALLES PINTOESCOS DE LA GUERRA



Efectos de un bombardeo en las costas inglesas

Sobre el Mensaje

Por Juan de Maro

Desde las columnas de esta Revista hemos censurado ciertas disposiciones del Ejecutivo, y al hacerlo no nos ha inducido el espíritu sistemático de la crítica, sino nuestra honrada convicción de que apuntando al mal e indicando el remedio, cumplimos un deber.

Falsa sería la honradez a que aludimos si hoy no rindiéramos tributo a ella regateando el aplauso que merece el Mensaje leído por el señor Presidente de la República al Congreso el día 19 de mayo.

Confesamos que si el señor Presidente no tuviera ya a su haber otras ejecutorias que lo acreditaran de hombre de gobierno, el precioso documento a que nos referimos sería suficiente para ello.

Nada nuevas son las teorías que sustenta en el Mensaje con relación al sistema tributario; quienes hayan leído los libros y trabajos admirables de Henry George, y principalmente *Progreso y Miseria* (moderna Biblia que todo hombre de gobierno debe leer y asimilarse para realizar sus grandes y justas enseñanzas al actuar en la vida), encontrará en ellos un sabio precedente.

Pero si fácil nos es encontrar el precedente, no por ello hemos de acusar a su autor de falta de originalidad, pues la originalidad, como dice un ilustre pensador, no constituye crear algo desconocido para los demás, sino la personalidad, el sello individual, nuestra imagen en cuanto hacemos y decimos, aunque nuestro pensamiento o nuestra acción no difiera, reducida a un ente abstracto, de ideas de un precedente conocido.

Quien se aparta de los trillados caminos y con una visión de clarividente abarca la totalidad del problema en el sentido que realmente tiene, en nues-

tro concepto merece llamarse original. El señor Presidente ha visto, por lo menos así lo creemos, que todo problema político tiene su origen, su raíz en un problema administrativo no resuelto, y que afrontar el problema político sin antes resolver el administrativo es ir seguramente al fracaso, a la bancarrota de la libertad y de la democracia, pues nos ha parecido y nos seguirá pareciendo siempre—*mientras no haya un valiente que nos demuestre lo contrario*—que hablar de libertad y de democracia a un pueblo falto de pan y de justicia es una tremenda ironía, y de aquí que creamos que el gobernante que quiera hacer a su pueblo libre y démócrata en el verdadero sentido de las palabras, ha de empezar por hacerlo, sino rico, al menos independiente, y ésto sólo se consigue con administración, con mucha, administración con mucho tacto y con mucha justicia no sólo en la recaudación de los medios que el Estado necesita para cumplir sus fines, sino también en el reparto que se haga de la carga, y no según el capricho, sino según la capacidad económica o tributaria de quienes la sufren.

Con un sistema rentístico como el que hoy rige en Costa Rica, la Libertad, la Santa Libertad y la no menos Santa Democracia no serán siempre en nuestra opinión, sino palabras, bellas palabras, pero faltas de contenido y sólo buenas para que un orador de plazuela o POPULAR las aplique en sus párrafos de latiguillo.

Leyendo a Adans Smith recordamos que este ilustre economista recomendaba como condición esencial a todo sistema tributario, que se grave a los individuos que forman la comunidad política según su capacidad económica, condición que más que de la economía es de la justicia. Precisamen-

te todo lo contrario de lo que aquí sucede, al haber como fuente de ingresos los que entran por derechos de aduanas y los que produce el monopolio de la Fábrica Nacional, impuestos indirectos y como todos los impuestos indirectos, anticientíficos, injustos e inmorales pues regularmente gravitan con la misma pesadumbre en el rico que en el pobre.

Y con un sistema rentístico como el que nos rige no podremos llegar a resolver el problema político que no es otro que el perfeccionamiento de nuestras instituciones democráticas. El Estado no es un fin por sí mismo, sino una necesidad y por consiguiente un fin para todos, y ya que todos lo constituimos y representamos, todos tenemos no sólo el derecho sino el deber de sustentarlo y hacerlo prosperar sobre una base de justicia y de bienestar común.

El Mensaje significa mucho por la novedad que entraña, aunque no afronta por completo el problema de administración cuya solución nos ha de dar la del político, pero sí creemos es un paso atrevido —a juzgar por el estado en que nos encontramos— pero un paso solo en el camino que han de recorrer todos los estadistas, los que han de pasar a la historia con el nombre de constructores de pueblos y fundadores de verdaderas democracias.

Sabemos que antes de resolver el problema de admisión que nos ha de dar resuelto el problema político hay que vencer muchas resistencias. Es cierto, tal es el poder de los intereses creados. Pero ponerse en el camino, dar en él el primer paso, ya indica que hay voluntad de resolverlo y la voluntad cuando tiene conciencia de a dónde tiende sus esfuerzos, es palanca poderosa que puede poner a un lado los obstáculos que se le opongan. Nada se consigue sin esfuerzo, y obra no de un hombre sino de muchos habrá de ser la de alcanzar el fin que se desea.

La esclavitud, institución jurídica que representa un grado de civilización en la historia de la humanidad no se

abolió en un día. Fué ello resultado de grandes luchas y de esfuerzos los siglos.

El hombre de hoy, no es libre. Es apenas casi libre y afirmo con toda la fuerza de una sincera convicción que no será libre nunca, sea cual fuere el ambiente político en que se desenvuelva, mientras no hagamos a todos los hombres dueños únicamente de aquello que hayan creado, es decir que para que en la tierra no haya esclavitud de ninguna especie, hay que redimir a la tierra misma, a la madre que a todos nos debe sustentar con igual solicitud e igual carifio.

Por esto no veo en el Mensaje que nos ocupa, al recomendar la creación de un impuesto territorial, sino sólo un paso en el largo camino que hay que andar.

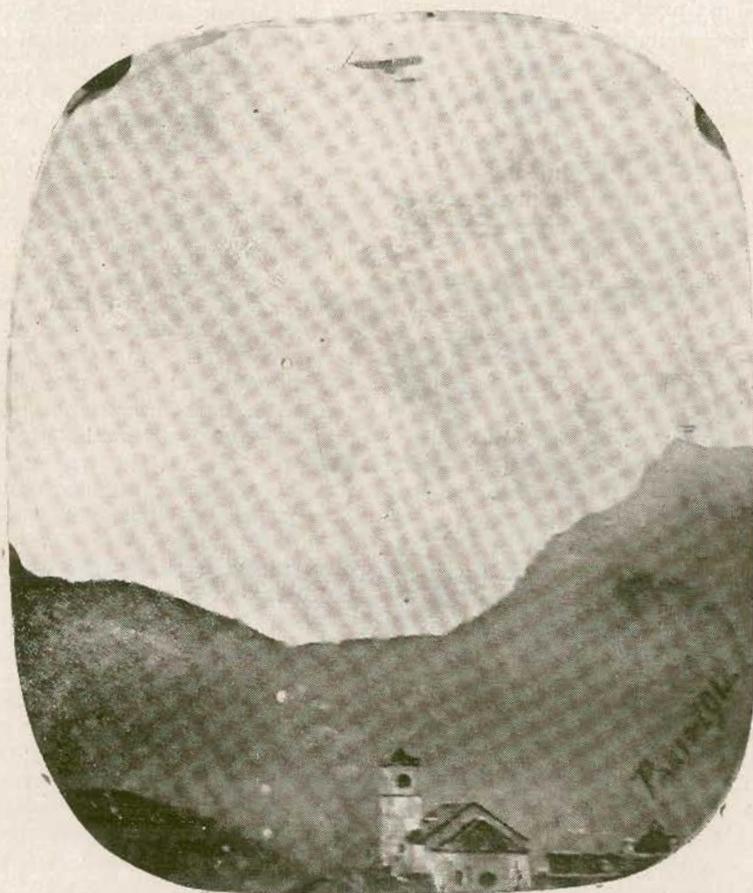
Imponer el Estado un impuesto sobre la tierra que es la única fuente de riqueza o por lo menos el origen de todas las demás, es tomar para todos una parte, una parte sola, de todo lo que en justicia nos pertenece, pues ten en cuenta, lector, que sólo en estricta justicia nos debe pertenecer aquellos que creamos, los productos de nuestro trabajo, la acumulación de nuestro esfuerzo, siendo a mi manera de comprender demasiado deleznable fundar un derecho sobre una cosa en la oportunidad que tuvimos de sentarnos o de cojer asiento al banquete—como dice un ilustre sociólogo—a que todos estamos convidados.

No me creas, lector, por esto que acabo de decirte, que soy socialista al uso ni revolucionario que quiere hacer tabla rasa de lo existente; nada de eso, creo justa la mayor protección de la ley para la mayor capacidad individual, me merece un profundo respeto ciertos privilegios naturales, pero veo aun cuando sea en un lejano porvenir que cuando sólo seamos dueños de aquello que hayamos producido, la humanidad tendrá resuelta, sino totalmente, sí en parte, el problema de la felicidad relativa a que aspiramos y tenemos derecho en el mundo; no me creas, pues, un espíritu inquieto que

contra todo se rebela, sino como creyente en la evolución, porque sé que ninguna cosa en la naturaleza procede por saltos, sino ordenadamen-

te, con lentitud, ascendiendo en la escala infinita del progreso, de lo inferior a lo superior, de lo imperfecto a lo perfecto.

UN NUEVO ASPECTO DE LA GUERRA



Aeroplano austriaco en un vuelo sobre los Alpes. Desde que se habló de la posible guerra con Italia, rondan sobre las fronteras estos temibles aparatos, que según un cable reciente, arrojaron sobre Venecia las primeras bombas que habían de romper formalmente las hostilidades.

El último madrigal

Por Francisco Soler

UN BEL MORIRE, TUTTA UNA VITA ONORA

Para Claudia Escalante, quien sabrá sonreír llena de piedad, ante estos hombres valerosos y crueles, sentimentales y tornadizos, que mataban por amor o marchaban hacia la muerte por simple deber de cortesía.

Hasta el balcón cerrado de vidrios donde se refugiaron Angela de Ricci, Luisa de Mantua, don Gonzalo de Córdoba y Jacinto Loriani, llega el rumor interminable de los salones en que discurre la fiesta como un arroyo claro, alegre y cristalino.

JACINTO LORIANI

Fue en Málaga, una tarde resplandeciente del florido mayo...

ANGELA DE RICCI

Loriani, por Dios, no prosigas el relato de vuestras hazañas.

LUISA DE MANTUA

Anoche contó una!...

ANGELA DE RICCI

Esa era bien inocente! Pero cuando empieza...

LUISA DE MANTUA

Muchas estocadas os habrán dado por no saber callar.

JACINTO LORIANI

Muchas, sí señora. Es verdad. Y os respondo, por mi fe, que jamás me dolió ninguna tanto como duelen las caricias de las manos blancas que si se empeñaron en algún esfuerzo, fue para despeinar la cabeza del amante o, ya, para bordar sobre un tapiz, con hilos de oro, historias del corazón donde las sonrisas se ahogan entre las muchas lágrimas.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Y por qué más que sonrisas, lágrimas?

ANGELA DE RICCI

En alguna ocasión os reconocís-

teis, amigo Loriani, allá en un tapiz, rendido a los pies de vuestra dama?

LUISA DE MANTUA

De cuál? Son tantas y tantas...

JACINTO LORIANI

No recuerdo. En cambio, muy poco hace, me pareció adivinar vuestro perfil, Angela, trágicamente erguido en un tapiz que estaba en el palacio de una amiga a quien bastante estimáis. Ella, la amiga, reía de veros airada, ansiosa de vengar no se qué burla, mientras un hombre, cruzado de brazos, os contemplaba sin grande inquietud. Aún no he podido conocer la razón cierta ni de vuestra ira, ni, tampoco, la que movió aquella carcajada en tanto vos sufríais.

ANGELA DE RICCI

A ese palacio no ha entrado mi marido.

JACINTO LORIANI

Posiblemente. Vuestro marido nunca pasa del salón, como no sea en el propio palacio. Iba antes a referir a don Gonzalo, que en ese tapiz sí había más risas que lágrimas.

ANGELA DE RICCI

Estáis pálida, Luisa.

LUISA DE MANTUA

Nó, yo nó.

JACINTO LORIANI

Quizás el frío os haga mal. La noche es cruda. Alejémonos de aquí.

LUISA DE MANTUA

Nó, si nada me sucede; os lo aseguro; nada...

DON GONZALO DE CÓRDOBA

En tierra de España aconteció la aventura que no concluístéis, Loriani?

JACINTO LORIANI

En Málaga.

ANGELA DE RICCI

Fue una tarde resplandeciente del florido mayo...

JACINTO LORIANI

Había llevado yo una misión del Pontífice a la patria de los conquistadores.

LUISA DE MANTUA

Eso es historia antigua. Entonces érais muy mozo. Los años velarán un poco vuestra audacia, de modo que bien podemos escuchar...

ANGELA DE RICCI

España! No acierto a explicar-me el motivo, pero cuanto en España aacece tiene para mí un encanto singular.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Muy reconocido, Angela. Y vos, Loriani, llevadnos a vivir un rato en España.

LUISA DE MANTUA

Sí. Sí.

ANGELA DE RICCI

Qué hombre, en la España del sol sin ocaso, no se siente osado, caballeresco y aventurero?

JACINTO LORIANI

Estaba luciente la tarde de mayo

florido. Estaba el viejo balcón cargado de hiedras, y de geranios que sangraban como heridas del muro ruinoso. Y estaba en el balcón cargado de hiedras, en la tarde florida de mayo, una mujer ausente de sí misma, rubia y marchita; un alma otoñal, apacible bajo el cielo de cándidos fulgores metá-

licos. Qué quería? Qué esperaba? Ni ella pudiera precisar-lo. Pero algo quería. Y algo esperaba.

ANGELA DE RICCI

Nadie sabe nunca lo que espera.

LUISA DE MANTUA

Ni lo que quiere!

JACINTO LORIANI

Esperaba, sin duda, lo inesperado. Por eso veía muy allá, siempre más allá. Yo no sé todavía si aquellos ojos líquidos se desbordaban. No sé si eran vaporosos y flotaban. Pero, eso sí, tenían mucha luz; más luz de la que razonablemente le cupiera; luz verdosa casi sin

brillo, que, como la del cielo en esa tarde, regábase melancólica, quieta y evocativa. No sé tampoco qué miraban aquellos ojos; supuse, sí, que buscaban lo que no se ve: la pálida sombra de un recuerdo, el destello irreal de una ilusión, porque miraban muy allá, siempre más allá. Hubo un momento en que cayeron sobre mí. Entonces imaginé que la insaciable alma otoñal, de la mujer rubia y marchita, aguardaba de temotos países, un mensajero de amor. Como yo iba de lejos y toda mi vida he querido a las mujeres que sufren, habiendo gustado el amargo placer de ata-



FRANCISCO SOLER.

querido compañero nuestro, quien publicará dentro de pocos días su libro BRONCES DE ANTAÑO, del cual hemos dado a nuestros lectores, como exquisita primicia, *El único cuento de hadas* y *El último madrigal*. La forma nueva y sugestiva que caracteriza los escritos de Soler ha merecido el elogio caluroso de los inteligentes y la justa estimación de nuestro público.

jar con mis labios muchas lágrimas en los ojos, me acerqué a ofrecerle un poco de amor y a pedirle que me diese algo del suyo...

ANGELA DE RICCI

En vano, por supuesto...

LUISA DE MANTUA

Naturalmente!

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Era mujer, señoras, y estaba triste.

JACINTO LORIANI

Mas no quiso. Qué importa! Me encuentro convencido, firmemente convencido, de que la dama del balcón donde estallaban los geranios, cuya palidez de cera ha ido derritiéndose en mi memoria, ama hoy a un mozo sin nombre y sin escrúpulos, que llegó una tarde desde lejanas tierras para ofrecerle un poco de amor.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Lo ama. Yo respondo de ello. Lo ama. Y suspira por ver a ese mozo sin nombre y sin escrúpulos que así le pidió y le ofreció un poco de alma.

ANGELA DE RICCI

Pero no quiso...

JACINTO LORIANI

Peor para ella. Yo por consolarla me dejara matar de su dueño. Y en su vida, que debe ser rutinaria y oscura como una noche de lluvia, mi recuerdo tendría crepitaciones de hoguera. Para ella fuese alegría pensar que encendió violentamente una pasión. Pues qué, no vale la muerte de un hombre la alegría de una mujer? Luego de aquella tarde, muchas veces, cuando el sol cae solemne y sereno en la montaña silenciosa, he amado a la rubia y pálida desconocida de ojos sin órbita, porque sé que me ama...

ANGELA DE RICCI

Habéis notado qué mal le fue al pobre Loriani en España? Yo lo siento por él, particularmente. Mas la des-

conocida, y pálida rubia también es digna de lástima, porque estará muy triste recordando a un viajero del que jamás tuvo noticias, pero que le pidió un poco de amor; cosa lamentable, en verdad.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

No hagáis mofa, Angela, que es tan fácil una pasión cuando la cultiva el misterio.

ANGELA DE RICCI

Ya lo creo; como que ninguna mujer amaría a un hombre si lo conociera.

LUISA DE MANTUA

Ahora es a vos, don Gonzalo, a quien cumple relatar sus aventuras.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Hanse quedado tan lejos, a la orilla de un lago, allá en la América arcana.

LUISA DE MANTUA

Conocísteis a doña Marina?

DON GONZALO DE CÓRDOBA

No señora. En mi vida sólo cuento hazañas guerreras contra aborígenes de cobre, denodados, tercos e indómitos, que antes que al filo de la hoja, se rindieron a la cruz de mi espada.

Tiembla en ese momento la música vaga de los violines.

En el fondo del salón se inicia la silueta de don Diego de Pastrana. Al avanzar lento por entre el torbellino de espaldas, rizos, plumas y sedas, va precisándose dentro de la armadura belsona. Acompañalo Aníbal Reni, quien luce más óseo a la par del acerado español. Ambos traen la frente y la mirada en alto, con gesto rebelde y orgulloso.

Cuando llegan hasta el grupo se acaba de desprender, rumbo al salón, la de Mantua servida por don Gonzalo de Córdoba, cuyas espuelas al moverse desahinan en el rumor de los violines que miden el balanceo de las espaldas, los rizos, las plumas y las sedas.

DON DIEGO DE PASTRANA

Parece vuestro rostro, Angela amiga, surgiendo del terciopelo que os ciñe, nívea rosa temprana puesta en un jarrón de bronce labrado.

ANGELA DE RICCI

Pasó, don Diego, [la estación de las flores.

JACINTO LORIANI

Vos sois de todas las estaciones.

ANÍBAL RENI

Por lo cual huelga el comentario de Pastrana.

DON DIEGO DE PASTRANA

Puesto que no me habéis consentido agregar que en la rosa que es su rostro, se han posado dos oscuros insectos de luminoso aguijón que vuelan para picarnos a todos en lo más íntimo...

ANGELA DE RICCI

Mis buenos amigos, acabáis de encender en mí una curiosidad.

ANÍBAL RENI

Que consiste?...

ANGELA DE RICCI

En averiguar cómo se vería sobre mi pecho una rosa blanca que ponga a salvo de errores vuestra galantería.

DON DIEGO DE PASTRANA

Nada hace que aseverábais que ya había concluído el tiempo de rosas.

JACINTO LORIANI

Para asistir el antojo de una dama, lo mismo debe parecerse la nieve de esta noche, que la más vigorosa florescencia primaveral.

ANGELA DE RICCI

Siempre vos, Loriani.

DON DIEGO DE PASTRANA

Razón tenéis. Y si en la tierra queda una rosa, aquí ha de estar antes de la alta noche.

ANÍBAL RENI

Vamos, a prisa, en busca de esa rosa.

JACINTO LORIANI

Nos queda terminantemente prohibida decapitar a nuestra Angela, por donde tenemos que cuidarnos de una equivocación.

DON DIEGO DE PASTRANA

Propongo y pido que reciba en gloria de su triunfo, quien primero traiga la rosa, el dón de acompañar a Angela durante el resto del festival.

ANGELA DE RICCI

Una recompensa, más o menos que como pasa en los cuentos...

JACINTO LORIANI

Justamente; vivamos un cuento.

ANGELA DE RICCI

¡Sí! ¡Sí! Imaginemos, por difícil que sea, que yo soy una bella, y vosotros, prendados de mi gracia, vais a rendirme dura prueba de amor, trayéndome, no el espejo de la juventud eterna, sino una rosa efímera que, según decís los tres, se asemeja a mí...

JACINTO LORIANI

Empiece ya el cuento...

ANGELA DE RICCI

Eran tres amantes que se fueron por sendos caminos...

JACINTO LORIANI

Cuál elegís, don Diego?

DON DIEGO DE PASTRANA

Aquel que se bifurca pasada la fuente de la serenata sin fin que estamos oyendo.

JACINTO LORIANI

Y tú, Aníbal Reni? El que sale por el pinar? Partid, pues, que os siga.

ANÍBAL RENI

Antes de la media noche regreso.

DON DIEGO DE PASTRANA

Antes que a Reni me veréis.

ANGELA DE RICCI

Así sea.

Quiébranse a un tiempo los dos en prolongada reverencia ceremoniosa. Enseguida retiranse acompañados. Van silenciosos en la comunión de un anhelo, dispuestos a triunfar; sin dignarse ver: un brazo en arrogante balanceo, y la siniestra sobre el puño de la espada.

JACINTO LORIANI

Eran tres amantes que buscaban una flor para el pecho de la amada. El primero cobró el camino donde la fuente no interrumpe su arrulladora serenata de cristal. Partióse el otro por el pinar en que la nieve simula reflejos de luz. Pero el último, profundamente convencido de que siempre andamos demasiado para encontrar lo que tenemos muy cerca, tomó, así, no os ofendáis, la mano de la amada y, así, también, colocóse la sobre el pecho.

ANGELA DE RICCI

Soltadme! Osado! Soltadme!

JACINTO LORIANI

No será mientras no sepa si la prueba os satisface.

ANGELA DE RICCI

Soltadme! Que os ven! Soltadme!

JACINTO LORIANI

Es de vuestro grado la prueba? Resolved que estoy ansioso.

ANGELA DE RICCI

Más que cualquiera tiene que halagarme. Pero nos habéis hecho caer en una añagaza igual a todas las que inventáis. Espero a los demás...

JACINTO LORIANI

Reparad de qué manera contradice vuestros desdenes la flor. Las flores adivinan, según fábula añeja, el secreto de los corazones. Voy a interrogarla arrancándole los pétalos. Sí... Nó...

Tira reciamente de los dedos de la Angela.

ANGELA DE RICCI

Ay!... Me quebráis los dedos; es una grosería. Os van a ver...

JACINTO LORIANI

Sí... Nó... Sí...

ANGELA DE RICCI

Bien; ganastéis. Solamente que no quiero pagaros.

JACINTO LORIANI

Otro, y muy distinto, era vuestro

lenguaje no hace largo tiempo, por el estfo, si no estoy equivocado.

ANGELA DE RICCI

Entonces os amaba.

JACINTO LORIANI

Y ya no?

ANGELA DE RICCI

Amo a un hombre que no sois vos.

JACINTO LORIANI

Ni vuestro marido.

ANGELA DE RICCI

Eso no está en vuestra incumbencia.

JACINTO LORIANI

Puesto que no me amáis, dadme el relicario que lucís en el pecho porque yo sé que esconde mi retrato.

ANGELA DE RICCI

Cómo no! Vos me lo regalastéis. Un momento, que se me ha enredado en el cuello. Tomad, tenéis justo derecho...

JACINTO LORIANI

Ahora puedo lanzarlo a la azotea.

ANGELA DE RICCI

Nó! Nó!

JACINTO LORIANI

Lejos ha ido para que nadie lo encuentre.

• ANGELA DE RICCI

A un paje azul que anda por allí cerca.

Cándido, ven.

CÁNDIDO

Mandad.

ANGELA DE RICCI

Hazte acompañar y sube a la azotea de donde me traerás un relicario que allí debe hallarse.

El paje se marcha.

JACINTO LORIANI

Ah; tenéis interés en el relicario!

Eso era lo que deseaba saber. Por lo tanto arrojé a la azotea un anillo. Y aquí conservo para vos el relicario. Todavía me amáis, Angela. No cabe mentir. Verdad que me amáis?

ANGELA DE RICCI

Amo a otro hombre.

JACINTO LORIANI

No importa. Yo no os pido que me descubráis los secretos que a mi no se refieren. Pero como juzgo que donde cabe don Diego de Pastrana también puedo tener mi sitio, no quiero que me desalojéis.

ANGELA DE RICCI

Don Diego de Pastrana?

JACINTO LORIANI

Sí, Angela, sí. Ese es quien os preocupa. Y si vos no lo matáis esta misma noche con vuestras caricias, mañana mi espada cruzará su pecho.

ANGELA DE RICCI

Silencio que allí viene.

En verdad, don Diego trae la rosa.

DON DIEGO DE PASTRANA

Llego tarde?

ANGELA DE RICCI

Sois el primero en llegar.

JACINTO LORIANI

Eran tres amantes que se fueron por diversos caminos. El primero que trajo la rosa fue el que venía de más lejos. Ahora toca saber si el cuento ha terminado. Yo no os interrumpo, para que lo averigüéis a solas.

DON DIEGO DE PASTRANA

Me había jurado morir o traer la rosa.

JACINTO LORIANI

Hay amores que a cada momento nos conducen al borde de la muerte.

Y se va con una risa sarcástica.

ANGELA DE RICCI

Cómo queréis que concluya el cuento?

DON DIEGO DE PASTRANA

Como concluyen los cuentos; así: después, él fue muy feliz.

ANGELA DE RICCI

Y ella?

DON DIEGO DE PASTRANA

Es que yo me siento feliz por haberos servido.

ANGELA DE RICCI

No más que por eso?

DON DIEGO DE PASTRANA

Os parece poco?

ANGELA DE RICCI

Pues... no sé. Nunca amastéis, don Diego? Yo recuerdo que en Venecia me referíais en mejores edades, la historia de un joven guerrero español que se prendó de una niña, muy niña, que más que en amoríos pensaba en sus muñecas.

DON DIEGO DE PASTRANA

Aquel guerrero español sigue amando a la niña de Venecia que ya no existe, pues su lugar pasó a ocuparlo una mujer de Roma.

ANGELA DE RICCI

Entonces yo jugaba con muñecas...

DON DIEGO DE PASTRANA

Y yo hacía mis primeras armas.

ANGELA DE RICCI

Luego no volví a jugar con muñecas. Y sin embargo me hacen tanta falta... Porque las mujeres somos más niñas cuanto más nos lastima el vivir, y yo he sido muy maltratada...

DON DIEGO DE PASTRANA

Qué épocas! Imagino que todo fué ayer, que acabo de salir de la ilusoria realidad de un sueño, y ya véis, cuánto tiempo! Me entretenía por la sazón viéndoos vestir muñecas. Pero no, vos ya no vestís muñecas...

ANGELA DE RICCI

Es que no me dejan. Vámonos; allí

vienen gentes... Son las gentes las que no me dejan...

No bien han desaparecido cuando llegan al balcón Luisa y Loriani.

LUISA DE MANTUA

No lo creo...

JACINTO LORIANI

Por mi honor, Luisa. Nunca la ví después de esa tarde en Málaga y es la hora en que hasta su nombre ignoro. Créedme, por favor...

LUISA DE MANTUA

Nó. Nó. Y nó. Esa mujer me enfurece. Me crispera tanto pensar en ella como acordarme de Angela de Ricci.

JACINTO LORIANI

Siempre con vuestras cosas! Cómo se os ocurre que halla alguien que pueda precederme en mis sentimientos. Para mí la vida no tiene otro objeto que Luisa de Mantua, mi Luisa, mi buena Luisa. Y por tener dentro de mi vuestra alma, me figuro que soy el mejor de los hombres.

LUISA DE MANTUA

Pretendéis negar vuestra pasión hacia Angela de Ricci.

JACINTO LORIANI

Bueno, yo no sé mentir; convengamos en que si quiero a Angela un poco; pero muy poco.

LUISA DE MANTUA

Lo véis? Lo estáis viendo? Ah, esa mujer! Algún día!... Os juro que si la encontrara a la orilla de un precipicio...

Desde lejos se oye la voz de Angela que viene acercándose.

ANGELA DE RICCI

Mirad vuestro anillo, Loriani. Advierte Cándido que no dió con otra cosa en la azotea por más que estuvo buscando.

LUISA DE MANTUA

Qué es ese anillo?

JACINTO LORIANI

Era de Ana. Vosotras jamás habéis oído hablar de la pobre Ana.

ANGELA DE RICCI

Ni falta que hace.

LUISA DE MANTUA

Será alguna de tantas...

JACINTO LORIANI

Nó. Es una muchacha que ví en las inmediaciones de Budapest. Iba con su carga de leña por la ribera del río cuyas aguas se aquietaron cual si no quisiesen turbar el reflejo que recogían. Yo andaba perdido. Ella me orientó. Pero desde entonces me perdí todas las mañanas en el bosquezuelo. Así empecé a quererla. Mientras ella hundía la mirada en el fondo del agua, yo procuraba verme en sus ojos que todo lo que sabían era preguntar. La pobre estaba tan llena de divinas ignorancias que cuando hablaba, devorábasela una llamarada de rubor. Al cabo una vez tuve que vernirme. Entonces me dió ese anillo de cobre.

LUISA DE MANTUA

Le prometistéis volver, naturalmente y...

ANGELA DE RICCI

Quién confía en promesas de amor!

JACINTO LORIANI

Por qué queremos tanto a las mujeres que quisimos!

El paje azul se acerca hasta Angela para hablarle, con las pupilas en el suelo, todo encendido.

CÁNDIDO

El señor duque manda a decir que ya están en vuestra alcoba los tapices que le pedistéis.

ANGELA DE RICCI

Bien. Trae un candelabro para que nos alumbres el camino. Yo, amigos míos, supe que Luisa era dueña de bellos tapices. Anheloso de conocerlos, le pedí al duque los hiciese venir hasta aquí, esta misma noche. Vamos, ya Cándido trae las luces. Vos, Loriani, nos acompañaréis porque como a mí, han de agradaos. Y vos, Luisa, nos explicaréis el motivo de las esce-

nas que la fama reconoce por muy sugestivas.

LUISA DE MANTUA

Pero es cierto que han traído esos tapices?

JACINTO LORIANI

Andemos para que nos convenzamos. Adelante, Cándido, que debes enseñarnos el camino.

Tras el paje se ponen en movimiento los tres. Loriani en medio de las damas, riéndose de las sombras rencias que de ellos arranca la claridad del candelabro. Súbitamente una ráfaga helada apaga las velas. Entonces Loriani chasquea un beso en el aire. El silencio no se rompe hasta que el paje no los saca nuevamente de la oscuridad.

LUISA DE MANTUA

Pudistéis haberos recatado.

ANGELA DE RICCI

Qué poca vergüenza tenéis!

JACINTO LORIANI

Explicadme que sucede porque no acierto a comprender.

LUISA DE MANTUA

Infame!

ANGELA DE RICCI

No es para tanto...

LUISA DE MANTUA

Ya veréis.

Y se va precipitadamente.

ANGELA DE RICCI

No acredita el beso que le distéis su grande indignación.

JACINTO LORIANI

Yo? A Luisa? Cuándo? Si lo queréis, volvamos a nuestro rincón. Aquí hace frío...

ANGELA DE RICCI

A dónde iría Luisa?

JACINTO LORIANI

No lo sé. Ni ella lo sabe.

Pero al llegar a la escalera safen de dudas pues la encuentran hablando con Pastrana. Este se vuelve contra Loriani de talante retador.

DON DIEGO DE PASTRANA

Faltaistéis al respeto que requiere la

dignidad de una dama, y os exijo la reparación consiguiente.

JACINTO LORIANI

No es quién un advenedizo español, para enseñar a galante a un caballero italiano.

ANGELA DE RICCI

A qué dama faltó?

DON DIEGO DE PASTRANA

A vos.

LUISA DE MANTUA

Sí; a vos.

ANGELA DE RICCI

No sabía que besaros, Luisa, fuese faltarme al respeto.

LUISA DE MANTUA

A cuál besastéis, Loriani?

JACINTO LORIANI

La verdad, como estábamos a oscuras, yo no sabría señalar a ninguna sin temor de calumniar.

DON DIEGO DE PASTRANA

Mal caballero!

JACINTO LORIANI

Silencio!

DON DIEGO DE PASTRANA

Esto es lo que merecéis.

Le da una bofetada que él soporta serenamente.

JACINTO LORIANI

No fué de valientes en ninguna ocasión, pegar ante las damas.

DON DIEGO DE PASTRANA

En el jardín os espero.

JACINTO LORIANI

Para el jardín voy.

ANGELA DE RICCI

Téneos, don Diego. No os mováis.

DON DIEGO DE PASTRANA

Mi espada y mi puño os esperan.

JACINTO LORIANI

Para el jardín voy.

No aguarda más don Diego y los deja.

ANGELA DE RICCI

Ha llegado el momento de que confeséis a cuál besastéis.

JACINTO LORIANI

Pues si ya os dije que como habíamos quedado en la oscuridad, no puedo precisarlo.

ANGELA DE RICCI

A mí no!

LUISA DE MANTUA

No; sería a mí!

JACINTO LORIANI

Yo no lo sé.

ANGELA DE RICCI

Villano.

Irracunda azota con el revés de la mano el rostro del caballero quien no pierde la sonrisa burlesca y un tanto cínica.

JACINTO LORIANI

Siempre fueron dolorosas vuestras caricias.

ANGELA DE RICCI

Me calumniáis. Me humilláis. Y como si fuera poco... Ahora mismo os dentuncio al duque. Ya sabremos quién triunfa.

LUISA DE MANTUA

Angela, por Dios, Angela.

Huye Angela. La sigue Luisa. Inmediatamente después regresa Aníbal Reni triston y como avergonzado. Loriani lo recibe muy grave.

JACINTO LORIANI

Llegas a tiempo.

ANÍBAL RENI

El español no ha venido? Tú no contrasta la rosa? Yo tampoco.

JACINTO LORIANI

No, a tiempo llegas para acompañarme a matar a un hombre.

ANÍBAL RENI

No entiendo.

JACINTO LORIANI

Pastrana se empeña en ir a la muerte, y morirá. En seguida pienso morir a manos del duque de Mantua.

ANÍBAL RENI

Qué ha sido?

JACINTO LORIANI

Una broma.

ANÍBAL RENI

Una broma? Matar y morir por una broma!

JACINTO LORIANI

Y qué? No vivimos en broma? Es mucho, pues, morir en broma? Verás, Angela, Luisa y yo veníamos por aquel corredor cuando el viento apagó la luz. Entonces restallé un beso en el aire. Luisa creyó que había besado a Angela y lo dijo a Pastrana. Pastrana me retó. Angela inculpa a Luisa, y está contándose al duque. El duque me desafiará. Por mi parte, como prometí a Angela matar al español, y como sería negar un derecho al señor de Mantua, he dispuesto matar a aquel y morir al golpe de éste. Es una broma.

ANÍBAL RENI

Si en confesando te salvas.

JACINTO LORIANI

Sería falta de galantería. Las mujeres sólo tienen dos cosas serias en qué pensar. En los hombres con amor. Y, por consecuencia, en las otras mujeres con envidia. Para ellas es dolorosa ilusión inconsciente imaginar que no son únicas en querer al mismo hombre. Yo he sabido provocar el amor de Angela, mover el de Luisa, y sembrar en medio de las dos, la discordia. No deseo, pues, que ninguna crea que no besé a la rival. Adivinas ya? No me siento con facultades para desbaratar una ilusión, aunque mortificante.

ANÍBAL RENI

No seas loco. Evita. Aún no es tarde.

JACINTO LORIANI

Quando un hombre como yo alcanza los treinta años, está cansado, necesita reposar. Mi vida fué un madrigal porque la dediqué al noble ejercicio del amor. Muchas son las mujeres que la transitaron, y a todas las quise lealmente; hay más, a todas las quiero, y vuelven como reminiscencias musicales en los crepúsculos de oro, o en las noches que tienen dejos de mármol. Miradla en un instante: hoy un rizo y un beso; por la tarde un agravio y una estocada; por la noche unas manos posándose en mi herida con aleteo de mariposa; luego, días pasados, una muchacha que trota en las ancas de mi potro, y un mordisco; noches de luna; alboradas de diamante; carcajadas que secaron lágrimas, lágrimas que abillantaron ojos. Así, ayer. Y mañana. Y siempre.

ANÍBAL REINE

Eres un loco. Tú no confiesas por temor de que te juzguen cobarde.

JACINTO LORIANI

Mil veces he repetido a una mujer que la felicidad de recoger sus miradas vale bien la muerte. Nada hay en que esta noche muera por vivir en el recuerdo de mis amantes: es el último de mis madrigales.

Los interrumpe,

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Señor Loriani, me encarga el señor duque...

JACINTO LORIANI

Ya sé, una reparación. El señor duque la merece. Decidle que en el término de media hora estoy en el jardín.

DON GONZALO DE CÓRDOBA

Así se lo haré saber.

Por un lado se aleja don Gonzalo. Rumbo al jardín se encaminan Loriani y Reni. Los aguarda junto a la fuente don Diego de Pastrana. Al encontrarse se saludan parsimoniosamente.

DON DIEGO DE PASTRANA

Mucho me hicistéis esperar.

JACINTO LORIANI

Era un modo de prolongaros la vida.

DON DIEGO DE PASTRANA

Lo veremos.

Cruzan los aceros. Saltan. Acometen. Esquivan el cuerpo serpentidamente. Al fin cae Pastrana. En ese momento llega Angela, con aspecto de loca.

JACINTO LORIANI

Él lo quiso.

ANGELA DE RICCI

Asesino!

JACINTO LORIANI

Eran tres amantes que se fueron a buscar una rosa por sendos caminos. A los dos que la trajeron los mató el amor...

ANÍBAL RENI

Vamos, Jacinto, que el duque estará impaciente.

JACINTO LORIANI

Andando.

Se apartan con paso seguro.

ANÍBAL RENI

Oye, no concientas en morir, mátalos.

JACINTO LORIANI

No quiero.

Mañana irás a visitar a Angela para que le cuentes que cuando yo sangraba agonizante la llamaba dulcemente:

—Angela! Angela!

Luego verás a Luisa para referirle que en el instante postrero, sobre mis labios vagaba una sonrisa y su nombre:

—Luisa! Luisa!

Ah; no olvides advertirles que suspiraba: eso tiene mucha importancia!



DON FEDERICO TINOCO

—Ciudadano de los que ya no quedan,— cuya muerte ocurrida el 15 del presente, ha sido motivo de justo duelo general



En la presente fotografía se nota, en parte, la enorme cantidad de atreos florales que fueron enviadas por nuestra Sociedad, el Gobierno y el Cuerpo Diplomático, a la distinguida familia Tinoco.

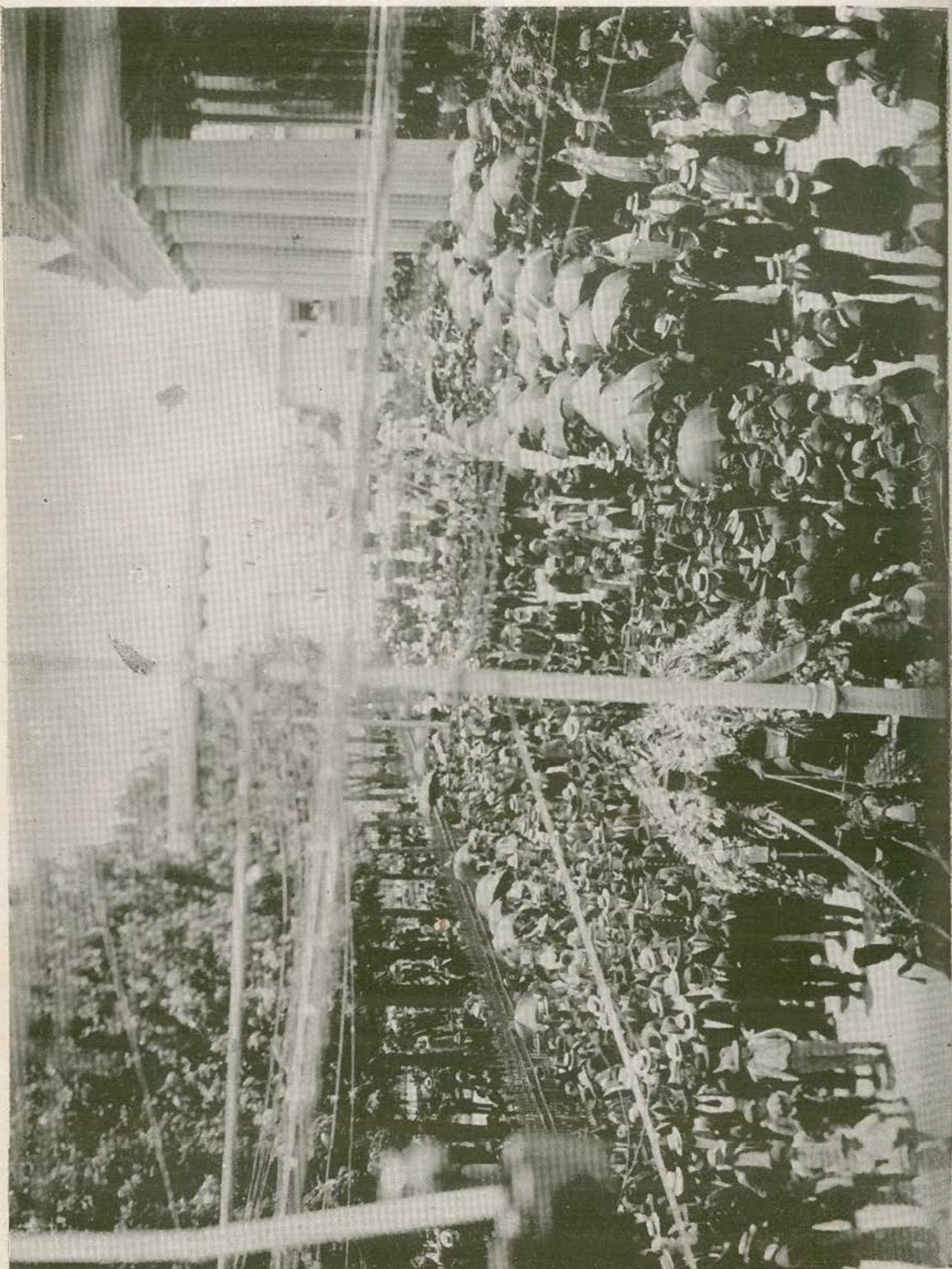
Fotografías y fotografías de «La Informaciones».

Ecós de un duelo nacional

FUNERALES DEL DISTINGUIDO HOMBRE PÚBLICO
DON FEDERICO TINOCO

El cortejo saliendo del Salón de Sesiones del Congreso Nacional, del que fué el señor Tinoco ilustre Presidente.





La manifestación de duelo

Sentencia

De Henry de Regnier

(Interpretación)

Por Arturo García Solano

Es sabio aquel que *instruye sobre movible arena*,
pues sabe que son vanas las cosas de la vida
y que hasta el mismo amor es frágil azucena
que al soplo de la brisa se doblará vencida.

Es así como tiene, ante el hombre y las cosas,
la mirada tranquila, indiferente y bella,
que mira cual florecen o se mustian las rosas
lo mismo que si surge o se apaga una estrella...

No habiendo alimentado sus manos perezosas
las llamas de la aurora y los fuegos del poniente,
no son para él los días cenizas dolorosas
sino una luz que espera a la otra luz naciente.

En todo lo que cambia, se borra o se acompasa,
así como él podría cruzar grave el camino,
y así una flor se extingue en la estación que pasa
pensar que fué la suerte quien le marcó el destino...

Mas yo quiero dejar que me oprima la angustia,
colmarse en ella mi corazón doliente
y sentir el vacío de una ilusión, ya mustia,
o la azul mordedura de un dolor inclemente...

Porque ni el suave aroma de las cálidas rosas,
ni la fe en el amor de nuevo recogida,
colmarán mi deseo de que todas las cosas
no sean las sombras vanas que cruzan por la vida...

Questiones ideológicas

Don Elías Jiménez y Los Clarence

San José, 18 de mayo de 1915.

Sr. Director de PANDEMÓNIUM.

P.

Respondo a la atenta carta de Ud. recibida ayer.

Mi opinión acerca de la cultura se deja entrever en el último número de *Ariel* (cuaderno 56). En cuanto a la guerra en sí misma, no estoy de acuerdo con *Los Clarence*.

Suponga Ud. un edificio que cae por su propio peso. Esta caída o ruptura del equilibrio de gravitación, pone fin a una anomalía; al mismo tiempo descubre un malgasto de fuerzas y materiales y es causa de diversos daños. ¿Diría Ud. qué tal caída es un bien o un mal? Yo de la caída no digo nada. Digo de la construcción, que fué una desgracia.

Toda guerra verdadera y definitiva es una ruptura del equilibrio social. Esta ruptura pone fin a una anomalía en las relaciones de los hombres y es al propio tiempo, causa de desastres. El mal está en que dicha anomalía haya podido surgir. Y este mal es el que hay que procurar evitar.

¿Pero será evitable? Sostengo que sí. La misma terrible intensidad del actual conflicto europeo es consecuencia de su largo período de incubación y me confirma en la creencia de que las guerras se harán cada vez más raras. El progreso biológico es muy lento, pero innegable. Y el factor de este progreso es el amor. La naturaleza toda, en cuanto tiene de bello y duradero, es hija del amor, que es la fuerza de gravitación social.

El concepto de la «lucha por la existencia», considerada como factor de evolución, tuvo un día de prestigio en la ciencia, por obra de los grandes darwinistas alemanes (Haeckel, Weis-

mann); pero no fué más que un día. Pronto se volvió a ver claro: las ideas del francés Lamarck (de fines del siglo XVIII y principios del XIX) hicieron irrupción en el mundo de los naturalistas y el darwinismo inglés se redujo a sus legítimos términos. Hoy, fuera de Prusia, la gran mayoría de los biólogos reconocen que la condición primordial del progreso es la justa armonía entre los seres entre los seres y las cosas.

De Ud. Atto. S. S.

Elías Jiménez Rojas

* * *

Heredia, 28 de mayo de 1915.

A los Redactores de PANDEMÓNIUM.

San José.

Estimados amigos:

Agradezco mucho la copia de la carta que a Uds. dirige el sabio don Elías Jiménez Rojas, a propósito de nuestros escritos publicados en PANDEMÓNIUM.

Don Elías no quiere estar de acuerdo con las ideas sobre el concepto de la guerra consignadas en nuestro primer artículo —publicado en el número 133 de esta revista—; y para rebatirlas propone una sugestiva argumentación en la cual supone que el origen —la anomalía, según él— de tan lamentables desastres está obligado a desaparecer definitivamente. Y funda este tal decir en el triunfo biológico cuyo factor progresivo es el amor. Para nosotros no tiene nada de raro este pensar del distinguido profesor, porque sabemos que su espíritu —lleno de nobles anhelos— fué formado en las cordiales disciplinas del idealismo más puro. Sus ideas, por hermosas que fueran, no podrán ajustar a nuestro modo positivo, y has-

ta grosero si se quiere, de ver las cosas de los hombres. Y es que no podemos imaginarnos una humanidad—ese paisaje sonriente, entrevisto en el espejismo del futuro por los optimistas,— que «atravesando el espíritu de las cosas más condensadas y más elevadas, vaya hacia una posible metamorfosis», sino a la humanidad de todas las épocas, que se sucede en las generaciones con sus apogeos y sus decadencias, sus virtudes y sus pasiones. Estimulados por la profunda sinceridad de esta creencia, hemos *pensado* en los múltiples fenómenos que integran la vida humana; y de ahí, que supusiéramos la guerra como el esfuerzo evolutivo más vigoroso (sin importarnos las bajas que haya tenido Darwin en las cotizaciones morales de la Filosofía).

También lord Chatham, cuyos juicios fueron un alarde de observación moral, suponía fecundo el renovarse por medio de las guerras, porque engendradas por la ambición, «tienen mucho de nobleza». Quinton, el ilustre biólogo francés, opina que *la ley de la constancia es la que domina en la realidad*, y como para completar este pensamiento que tan maravillosamente sirve a nuestro propósito, Stuart Mill nos dice en uno de sus libros más raros y brillantes, que *todo hombre constante tiene por fuerza que ser un ambicioso*,—ya que la constancia supone un triunfo como finalidad—.

El amor de que tan calurosamente nos habla el docto don Elías, junto a la ambición resulta insignificante. (*El amor no es en el fondo ni idea ni volición*, Miguel de Unamuno, DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA, pág. 133).

El amor espiritual, místico y fervido de un San Francisco de Asís nos parece sublime, poético y hasta encantador; pero el de unos mil San Franciscos terminaría por fastidiarnos y por creerlo tan calamitoso como la vida misma entre los hombres. El santo de Asís, desidealizado y en la clínica de un sociólogo no será más que un caso, o mejor dicho, un enfermo de remate...

Y el otro, el amor *sustancial*, el de los amantes, siempre ha sido tirano y egoísta,—que solo fructifica en dolores y en crímenes—El caso de Helena robada por aquel brioso capitán de Troya no es, aun en la leyenda, el eterno ejemplo que evidencia este decir?

La ambición es emulación, y en la emulación gesta el progreso, padre de todas las grandezas. La ambición *regula* todo y sobre ella gira la humanidad inconfundiblemente.

He aquí porque suponemos una mansa utopía el sostener que es evitable la causal que da vitalidad a las guerras. Demasiado elocuente, Federico el Grande lo había dicho: *otras ambiciones producirán nuevos desastres... Las tonterías de los padres no enmiendan a los hijos, es necesario que cada generación haga las suyas*. Y es claro que todas las generaciones las hacen, como que la lucha por el triunfo de la ambición no repara en los obstáculos que se le interponen.

Hemos encontrado en la carta de don Elías un párrafo que tiene a nuestro juicio la contradicción más luminosa. ¿Será acaso un cálculo intuitivo de esos que sobrepasan la medida de nuestros pensamientos? Tal vez... Hello aquí: «La misma terrible INTENSIDAD del actual conflicto europeo es consecuencia de su largo período de incubación y me confirma en la creencia de que las guerras cada vez se harán más escasas» Si traducimos el término INTENSIDAD (*La intensidad la apreciamos por medidas*, dice J. Balmes, en una de las páginas de su *Filosofía experimental*) por el de CANTIDAD—que es el único verdadero en el presente caso,—resulta que lo que don Elías supone la confirmación a su creencia de que *las guerras cada vez se harán más escasas*, envuelve una solemne contradicción. Por lo demás, contradecirse es vivir sinceramente, porque al decir exquisito de un sabio pensador, nosotros, en sí, no somos más que una contradicción indefinida.

Termina el sabio don Elías diciendo que casi todos los biólogos reconocen que la condición primordial del pro-

greso es la justa armonía entre los seres y entre los seres y las cosas».

Podría el distinguido profesor decirnos cuales son esos biólogos? Y es que este decir lo hemos leído en los vehementísimos escritos de Jaurés, que a pesar de no haber sido biólogo fué un socialista ideal... Por supuesto, nosotros no creeremos nunca en las virtudes de tal armonía, que en el buen sentido de la palabra significa igual, uniforme. Y lo uniforme es lo

estancado. Ir hacia tal armonía es ir hacia la castración de cuanto noble tiene la emulación, que sí es materia primordial de progreso, según lo ilustra la experiencia filosófica de todas las épocas.

De los redactores de PANDEMONIUM,
Aímos.

Los Clarence

Homenaje

A la novia de mi amigo
J. Albertazzi Avendaño, en su álbum.

Por Asdrúbal Dillalobos

Acariciando a solas el dulce ensueño
que tejieron dos blancas manos ducales,
(dos manecitas blancas de que eres dueño)
te has olvidado, amigo, de tus rivales.

Y te quitan la novia... oye el mensaje
que indiscretas me enviaron dos frescas flores
con un silfo travieso que hizo de paje:
«A su novia la quieren dos ruiseñores».

Cuando llega a su alcoba, por la mañana,
el perfumado aliento de los claveles,
los ruiseñores vuelan a su ventana
a ofrecerle el presente de sus rondales.

Y tu novia les habla... mas no he podido
descifrar el enigma de esos amores;
sólo puedo decirte, bardo querido,
que te quitan la novia los ruiseñores!

Abril, 1915.

La limosna de las rosas

Para Arturo García Solano, con gran cariño.

Por Roberto Valladares

Sobre el gris embaldosado, por la amplia acera que conduce al cementerio, camina el ciego vergonzante, y soliloquia lentamente como si ajustara el pensamiento al ritmo de su andar fatigado. En la calle desierta solo su angustiosa figura mancha la monótona extensión simétrica de las baldosas, en donde parece que el bordón del ciego persigue su propia sombra, obligándola caminar hacia adelante. La noche arriante, va poniendo el toque de su melancolía crepuscular, sobre el verde de las umbrías, y tiende en los impalpables hilos de la atmósfera los fríos cendales de la sombra. El ciego siente frío y exclama:

Ya viene la noche! Más a prisa que nunca o quién sabe, tal vez como siempre o aun más tarde. Es que, como hoy ha sido infructuoso mi ruego y ha tardado tanto la caridad en pasar junto a mi lado, las horas han sido largas para mi ansiedad! Qué día! Dios mío! qué día, y qué noche desolada, qué noche fatal la que me espera!

Se detiene, se abriga con la rotada toalla que le rodea el cuello y mira receloso a todos lados.

Es extraño. Me embarga una emoción desconocida, tengo vagos presentimientos y dudo de la senda que sigo a ratos, porque siento a veces como si mi callado golpeará en el vacío.

Qué a de ser! Dios me acompañe y que sea lo que su santa voluntad ordene. Sigamos, aun está la casa distante y la noche me saldrá al encuentro antes que llegue.

(Se pone en marcha de nuevo más despacioso que antes y con recelo *excruta la senda con su bordón* y como si hiciese grandes esfuerzos para ver, fija en el camino sus grandes ojos apagados en donde la noche vino ha mucho tiempo).

Nunca fueron los hombres ni más sordos a mis ruegos ni fué, como en este día, más triste y desolada mi existencia!

Pedir, rogar en vano! Pasaban y pasaban sin que llegase a sus corazones el doliente gemido de mis rezos. Algún rapaz pasó y en broma dejó caer dentro de mi sombrero, el engaño de un pedrusco! Inocente, le perdono, trató de reír a costa de mi angustia... cuán engañado estaba... fuí yo el que reí y la angustia la sentí por el... Le perdono.

(Se detiene de pronto, aspira con fuerza, una, dos, tres veces, y al sentir que el aire le lleva la caricia de un perfume, se quita el sombrero y extiende la mano en ademán suplicante: "Señora, una limosnita para el pobre ciego, Dios y la Virgen se lo pagarán, señora una li...")

(Calla y escucha atentamente y convencidos de que ningún ruido de pasos interrumpe el silencio, exclama:

Me engañaba, no es una señora... pero (aspira de nuevo) y éste perfume que llega? Así, como huele ahora, así era el suave perfume que trascendía aquella dama; mucho rato quedó tras su paso la fragancia...; y no puedo recordarla! si fué ella, tan solo ella, la hermosa dama,—debió ser muy bella y muy hermosa por lo grato de su perfume—la única que detuvo su marcha y se inclinó hasta mí, para darme, una moneda... la única limosna de todo un día!

(Vuelve a aspirar el perfume que en todo el ambiente se esparce).

Sí, sí olía a jazmines, como ahora... (*medita y al ponerse de nuevo en marcha, dice sonriendo*):

Ah! qué torpe he sido. Ahora me explico, ya no está lejana mi choza. Me olvidaba que antes de llegar a ella,

están la ermita y el panteón rodeados de jardines, que ahora, en mayo, deben estar rebozando de rosas y jazmines.

Sí, ese es el perfume, son los jazmines de la iglesia, los que huelen y que yo pensaba, que venían a anunciar el paso de otra hermosa caritativa...

Pero en fin, siempre es una caridad el perfume, y me anuncia que estoy cercano a la iglesia, en cuya amplia puerta voy a descansar un rato. Vamos, andar un poco a prisa, lleguemos... (alza el bordón, para inquirir en el muro; el callado golpea primero la pared y luego en el aire y después sobre la verja del parquecillo).

Hola! aquí estáya la baranda, en seguida llegaré a la puerta.

(Sigue con el bordón golpeando hasta que da en las gradas del portalón y se detiene).

Ahora, ya he llegado, descansaré un ratito, apenas si para tomar un poco de aliento. Estoy tan rendido. (Trabajosamente y haciéndose al muro, se sienta sobre el mármol de la grada de la puerta del cementerio. El ciego, cuyos presentimientos vagos, le hacían dudar del sendero, equivocó en el mismo camino la acera, y en vez de hallarse ahora sentado en la puerta de la ermita, descansa sobre las frías losas de la puerta del cementerio, teniendo frente a sí la iglesia desierta y silenciosa. Se ha puesto entre las piernas el callado y sobre sus rodillas el mugriento sombrero en ademán implorativo y dice:

No son tan duras ni tan frías las piedras, cuando el cansancio agobia el cuerpo y hay un frío de tristeza en el alma. Qué bien estoy. Descanso. Y por si pasa algún transeunte caritativo, aprovecharé el momento para pedir... Señor, una limosnita para el pobre ciego, Dios y la Virgen se lo pagarán, señor, una limosnita...

(El silencio solemne de la hora y del lugar ahogan la débil voz del limosnero).

Señor, una limosnita para el pobre ciego! Dios y... la... Vir... gen... (ya

es un liviano gemido) se lo pa... (y la palabra inarticulada se ahoga, truncada por el gesto de cansancio que dobla su cabeza. El sueño lo venció. Es un sueño dulce, que imprime en la faz rugosa del anciano una placidez de niño que ensoñara...

Y la noche vino, y apagó todas las luces y todos los rumores y envolvió entre sus negros cortinajes a aquella angustiada humanidad cansada y triste.

II

La aurora—como el arca bíblica—descorrió en Oriente la rosada cortina de su ventanal luminoso y lanzó como un heraldo de vida, miriadas de mariposas de luz... de las umbrías se alza un himno sonoro, y del suelo húmedo por el rocío nocturno, se elevan lentamente las neblinas que azuladas y transparentes forman el telón que se alza despacioso hasta confundirse con las nubes, dejando ver en la escena claramente el cuadro.

Al fondo, el recio portalón de hierro, a ambos lados las grises columnas de granito y por sobre todo, como un florecido doncel, las ramazones de un rosal que por encima de las rejas del barandal y del portón ha echado, hacia afuera el triunfo de sus rosas blancas e impolutas. Sobre la grada de mármol, recostado a la puerta del cementerio, está el ciego, a quien la noche sorprendiera fatigado y le arroja entre sus sombras. Un niño campesino, alegre, con lampos de aurora en las mejillas, con su canastilla de frutas en viaje hacia la ciudad que empieza a desperezarse, se acerca. Al llegar frente a la puerta del cementerio, se detiene, contempla el cuadro, deja la canastilla y exhalando un grito de terror, emprende una carrera loca, gritando:

El ciego muerto! El ciego muerto!

Y ahí está, inmóvil, hierático el ciego limosnero, muerto, acuchillado por las ráfagas heladas, entumecidos sus miembros débiles y helada el alma por el desencanto y el dolor. Pero su faz sonrfe, perdonando, en su placidez de niño que ensoñara. Su callado se

eleva hacia arriba, hacia el infinito mudo e indiferente, en su elocuente forma de interrogante que no se sabe si abre o cierra una pregunta, y su sombrero mugriento, su pobre sombrero que no sintió ayer el roce de las monedas metálicas, está lleno de blancas, de fragantes monedas de seda.. Fué

el rosal, el rosal que por sobre la bandera, echaba hacia afuera el triunfo de sus ramas florecidas, que durante toda la noche, estuvo nevando sobre aquella cabeza encanecida, sus pétalos blancos, y el que cubrió todo su cuerpo y colmó el sombrero con aquella fragante limosna de las rosas...!

Quietismo estético

Por don Ramón del Valle Inclán

Ilustre escritor a quien se tributa en ambos Mundos la más alta admiración. *Quietismo estético* sugiere una página de un Guyau más literario más rebuscado y más frívolo. Ese quietismo, ese instante *preñado de eternidad*, mismo es el que Epicuro llamaba ataraxia, y del que decía «que no es la insensibilidad absoluta parecida al sueño y a la muerte, como se ha creído, pues aunque significa la insensibilidad con relación a las causas exteriores, supone al mismo tiempo, que el ser, poseyéndose a sí mismo, encuentra en la armonía interior, un placer permanente y constitutivo».

Qué mezquino, qué torpe, que difícil balbuceo el nuestro para expresar este deleite de lo inefable que reposa en todas las cosas con la gracia de un niño dormido!

¿Con cuáles palabras decir la felicidad de la hoja verde y del pájaro que vuela? Hay algo que será eternamente hermético e imposible para las palabras. ¡Cuántas veces al encontrarme bajo las sombras de un camino al viñador, al mendigo peregrinante, al pastor infantil que vive en el monte guardando ovejas y contando estrellas, me dijeron sus almas con los labios mudos, cosas más profundas que las sentencias de los infolios! Ningún grito de la boca, ningún signo de la mano puede cifrar ese sentido remoto del cual apenas nos damos cuenta nosotros mismos, y que, sin embargo, nos penetra con un sentimiento religioso. Nuestro ser parece que se prolonga, que se difunde con la mirada y que se suma en la sombra grave del árbol, en el canto del ruiseñor, en la fragancia del heno. Esta conciencia casi divina nos estremece como un aroma, como un céfiro, como un sueño, como un anhelo religioso.

Recuerdo un caso de mi vida: Era en el mes de diciembre, ya cerca de

la Navidad: Yo volvía de un ferial con mi criado, y antes de montar para ponerme al camino, había fumado bajo unas sombras gratas, mi pipa de cañaño índico. Hacíamos el retorno con las monturas muy cansadas. Pasaba de la media tarde y aun no habíamos atravesado los pinares del Rey. Nos quedaban tres leguas largas de andadura, y para atajar llevábamos los caballos por un desfiladero de ovejas: Mirando hacia abajo se descubrían tierras labradas con una geometría ingenua, y prados cristalinos entre mimbrales. El campo tenía una gracia inocente bajo la lluvia. Los senderos de color barcino ondulaban cortando el verde de los herberos y la geometría de las siembras. Cuando el sol rasgaba la boira, el campo se entonaba de oro con la emoción de una antigua pintura, y sobre la gracia inocente de los prados, y en el tablero de las siembras, los senderos parecían las flámulas donde escribían las leyendas de sus cuadros los viejos maestros de aquel tiempo en que las sombras de los santos peregrinaban por los senderos de Italia. Atajábamos la Tierra de Salmés, donde otro tiempo estuvo la casa de mis abuelos, y donde yo crecí desde zagal a mozo endrino: Sin embargo, aque-

llos parajes monteses no los había tras-puesto jamás: Ibamos tan cimeros, que los valles se aparecían lejanos, minia-dos, intensos, con el traslúcido de los esmaltes: Eran regazos de gracia, y los ojos se santificaban en ellos. Pero nada me llenó de gozo como el ondu-lar de los caminos a través de los her-bales y las tierras labradas. Yo los re-conocía de pronto con una sacudida. Reconocía las encrucijadas abiertas en medio del campo, los vados de los arroyos, las sombras de los cercados. Aquel aprendizaje de las veredas di-luido por mis pasos en tantos años, se me revelaba en una cifra, consuma-do en el regazo de los valles, cristalino por el sol, intenso por la altura, sa-grado como un número pitagórico. Fuí feliz bajo el éxtasis de la suma, y al mismo tiempo me tomó un gran temblor comprendiendo que tenía el alma desligada. Era otra vida la que me decía su anuncio en aquel dulce desmayo del corazón y aquel terror de la carne. Con una alegría coordi-nada y profunda me sentí enlazado con la sombra del árbol, con el vuelo del pájaro, con la Peña del monte. La Tierra de Salmés estaba toda en mi conciencia por la gracia de la visión gozosa y teologal. Quede cautivo, se-lados los ojos por el sello de aquel valle hondísimo, quieto y verde, con llovizna y sol, que resumía en una comprensión cíclica todo mi conocimiento cronológi-co de la Tierra de Salmés

* * *

El éxtasis es el goce de ser cautivo en el círculo de una emoción tan pura que aspira a ser eterna. ¡Ningún goce y ningún terror comparable a este de sentir el alma desprendida!

Recuerdo también una tarde, hace muchos años, en la catedral leonesa. Yo vagaba en la sombra de aquellas bóvedas con el alma cubierta de lejanas memorias. Ya entonces comenza-ba mi vida a ser como el camino que se cubre de hojas en Otoño. Había entrado buscando reposo, agitado por el tumulto angustioso de las ideas, y de pronto mi pensamiento quedó como

clavado en un dolor quieto y único. La luz en las vidrieras celestiales tenía la fragancia de las rosas, y mi alma fué toda en aquella gracia como en un huerto sagrado. El dolor de vivir me llenó de ternura, y era mi humana conciencia, llena de un amoroso bien difundido en las rosas mara-villosas de los vitrales, donde ardía el sol. Amé la luz como la esencia de mí mismo, las horas dejaron de ser la substancia eternamente transforma-da, por la intuición carnal de los senti-dos y bajo el arco de la otra vida, despojado de la conciencia humana, penetré cubierto de luz en el éxtasis. ¡Qué sagrado terror y qué amoroso deleite! Aquella tarde tan llena de angustia, aprendí que los caminos de la belleza son místicos caminos por donde nos alejamos de nuestros fines egoístas, para transmigrar en el alma del mundo. Esta emoción no puede ser cifrada en palabras. Cuando nos asomamos más allá de los sentidos, experimentamos la angustia de ser mudos. Las palabras son engendradas por nuestra vida de todas las horas donde las imágenes cambian como las estrellas en las largas rutas del mar y nos parece que aquel estado del alma exento de mudanza, finaría en el acto de ser. Y, sin embargo, esta es la ilu-sión fundamental del éxtasis, momen-to único en que las horas no fluyen y el antes y el después se juntan como las manos para rezar. Beatitud y quie-tud donde el goce y el dolor se her-manan, porque todas las cosas al de-finir su belleza se despojan de la idea del tiempo.

* * *

La belleza es la intuición de la uni-dad, y sus caminos, los místicos cami-nos de Dios.

Antes de llegar a este quietísimo estético, divino deleite, pasé por una aridez muy grande, siempre acongo-jado por la sensación del movimiento y del vivir estéril. Aquel Espíritu que borra eternamente su huella me tenía poseso, y mi existencia fué como el remedo de sus vuelos en el Horus de

Pleroma. He consumido muchos años mirando cómo todas las cosas se mudaban y perecían, ciego para ver su eternidad. Era tan firme el cimientado de mi egoísmo, que sólo alcanzaba a conocer aquello que en algún modo guardaba relación con los afanes de cada hora, y los sentidos aprendían coordinados con ellos, sin desvincularse jamás, sin poder rasgar los velos que ocultan el enigma místico del Mundo. Ciego, sin la luz de amor que hace eternas todas las vidas, fuí como un hombre condenado a caminar por arenales entre ráfagas de viento que los transmudan. Hallé y gocé como un pecado místico la mudanza de las cosas y el fluir del tiempo. Años enteros de mi vida eran evocados por la memoria, y volvían con todas sus imágenes, llenos de una palpitación eterna. El momento más pequeño era un sésamo que guardaba sensaciones de muchos años. Mi alma despreñada volaba sobre los caminos lejanos, los caminos otras veces recorridos, y tornaba a oír las mismas voces y los mismos ecos. Yo sentía un terror sagrado al descubrir mi sombra inmóvil, guardando el signo de cada momento, a lo largo de la vida.

El tiempo era un vasto mar que me tragaba, y de su seno angustioso y tenebroso mi alma salía cubierta de recuerdos como si hubiese vivido mil años. Yo me comparaba con aquel caballero de una vieja leyenda santiaguista que, habiendo naufragado, salió de los abismos del mar con el sayo cubierto de conchas. Los instantes se abrían como círculos de largas vidas, y en este crecimiento fabuloso, todas las cosas se revelaban a mis sentidos con la gracia de un nuevo significado. Cada grano de la espiga, cada pájaro de la bandada, descubrían a mis ojos el matiz de sus diferencias, inconfundibles y expresivos como rostros humanos. Yo conocía fuera de la razón utilitaria, transmigraba amorosamente en la conciencia de las cosas y rompía las Normas. Mis ojos y mis oídos creaban la eternidad. Esta gracia intuitiva la disfruté por primera vez

una tarde dorada, mirando al mar azul. Llegaban las barcas pescadoras, las anunciaba el caracol, volaban las gaviotas en torno de las velas amarinas, y mis ojos las podían seguir en sus círculos más ligeros, y viéndolas desaparecer a lo lejos, al volver las reconocía una a una, no sólo en el plumaje, sino en el secreto de su instinto, por cansadas, por viejas, por hambrientas, por feroces...

La tarde había perdido sus oros y era toda azul. Yo, sentado bajo el parral de mi huerto, me puse a rezar. En aquella beatitud del campo, del mar y del cielo, me sentía lleno de un sentimiento divino. Todo el amor de la hora estaba en mí. El crepúsculo se me revelaba como el vínculo eucarístico que enlaza la noche con el día, como la hora verbo que participa de las dos sustancias, y es armonía de lo que ha sido con lo que espera ser. Seguía sonando el caracol de los pescadores, y sobre las ondas se tendía el último rayo de sol; por aquel camino luminoso se remontaron mis ojos al azulado término del mar. Entonces sentí lo que jamás habíá sentido. Bajo las tintas del ocaso estaba la tarde quieta, dormida, eterna. El color y la forma de las nubes eran la evocación de los momentos anteriores, ninguno había pasado, todos se sumaban en el último. Me sentí anegado en la onda de un deleite fragante como las rosas, y gustoso como hidromiel. Mi vida y todas las vidas se descomponían por volver a su primer instante, depuradas del tiempo. Tenía el campo una gracia matutina y bautismal. Como las nubes del ocaso, el racimo que maduraba en el parral de mi huerto, mostraba en el azul profundo de sus granos maduros, la sucesión de sus metamorfosis, hasta el verde agras. Me conmovió un gran sollozo, y en la estrella que nacía ví el rostro de Dios.

* * *

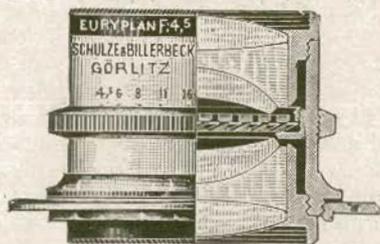
Cuando se rompen las normas del tiempo, el instante más pequeño se rasga como un vientre preñado de eternidad. El éxtasis es el goce de sentirse engendrado en el infinito de ese instante.

Óptica fotográfica moderna

Por J. E. Sotillo Picornell

En un opúsculo que hemos escrito recientemente, y que será editado por la Casa Schulze & Billerbeck, de Gœrlitz, Alemania, desarrollamos una teoría de cuya paternidad nos vanagloriamos, y que de suyo original, habrá de tropezar con opiniones diversas, tendientes todas, sin embargo, a esclarecer cualquier punto que por intrincado o dudoso, merezca ser tratado más ampliamente.

De todos los ramos de la Fotografía, en ninguno ha hecho tan prodigiosos



«EURYPLAN» Serie Va. F. 4. 5. ©

adelantos la ciencia moderna como en el que a la óptica se refiere. No nos dejarán mentir, si no, los magníficos anastigmáticos de poderosa definición y asombrosa rapidez que si se comparan con los antiguos tipos de lentes aplanáticos de ha dos décadas, sin menester para ello de riguroso análisis, fácilmente se notará la superioridad de aquéllos sobre éstos.

El tipo de anastigmático moderno (exclusión hecha de la capacidad de producir una imagen *flou*) reúne en si todas las condiciones necesarias para ser instrumentos de óptica perfectos, como son el poder de definición microscópica, anastigmatismo absoluto, carencia de aberración, distorsión, etc.

Si a esto se añade que los modernos anastigmáticos a pesar de tener una *apertura aprovechable* (rapidez expresada por los convencionales F. y U. S.) relativamente grande, si se comparan con los lentes aplanáticos—rectilíneos—de antiguo tipo, resultan aquellos mucho más compactos y ligeros,

entrando en su montura, para reemplazar el antiguo barril de cobre, una aleación de aluminio inoxidable.

El *flou* artístico en fotografía, tan apreciado por la técnica moderna, y sin cuyo efecto *atmosférico-pictórico* adolece de verdadero mérito toda obra al claro-oscuro que no lo lleve, ha sido legado a tipos de objetivo cuyos límites se extiendan solo a la puertas de los STUDIOS, cuyo límite no debe traspasar si no se quiere divulgar su aplicación exclusiva. Estos lentes son del tipo SOFT FOCUS, su uso es exclusivamente del dominio del taller, y su efecto sobre el médium sensible es muy otro de aquel producido por los anastigmáticos de tipo moderno, aun usados a plena abertura. A estos lentes pertenecen los modelos ingleses *Dallmeyer Patent Portrait*, *Dallmeyer Bergheim*, y *Cooke*, y los americanos de *Pinkham & Smith* (Semi-achromatic) el *Port-Land* de *Spencer*, y los modelos *Velostigmat* y *Verito* de la



«EURYPLAN» Serie II. F. 6

Wollensack Optical Co. introducidos recientemente.

Estos modelos de lentes usados exclusivamente por artistas de notoriedad universal, tienden a producir un efecto atmosférico similar al que se produce con la *Estenopia* (fotografía sin objetivo) y al de los meniscos acromáticos; y tratan de *controlar* las aberraciones cromáticas y esféricas, más bien que eliminarlas. La mayor parte de estos objetivos han sido diseñados por artis-

tas para satisfacer el refinamiento de la técnica moderna y en reemplazo del *petzvalismo* (permítasenos la frase) tan antiguo, casi, como el arte mismo.

Los anastigmáticos universales, como su nombre lo indica, son objetivos

queridas por instrumentos perfectos.

Un grave defecto de que adolce la mayor parte de los anastigmáticos modernos, sin embargo, (defecto producido por un largo focal relativamente corto) y un ángulo *visual* exagerado)



Tomado con «EURYPLAN» Serie Va. Retrato de taller

de aplicación universal, y reúnen, (o deben reunir) todas las perfecciones ópticas posibles en esa clase de instrumentos. A estos tipos pertenecen los objetivos de Aldis, Beck, Ross, Dallmeyer, ingleses; Krauss, Demaria-Lapierre, Hermagis, franceses; Steinheil, Voigtlaender, Zeiss, Rodenstock, Plaubel, alemanes, que reúnen muchas de las condiciones re-

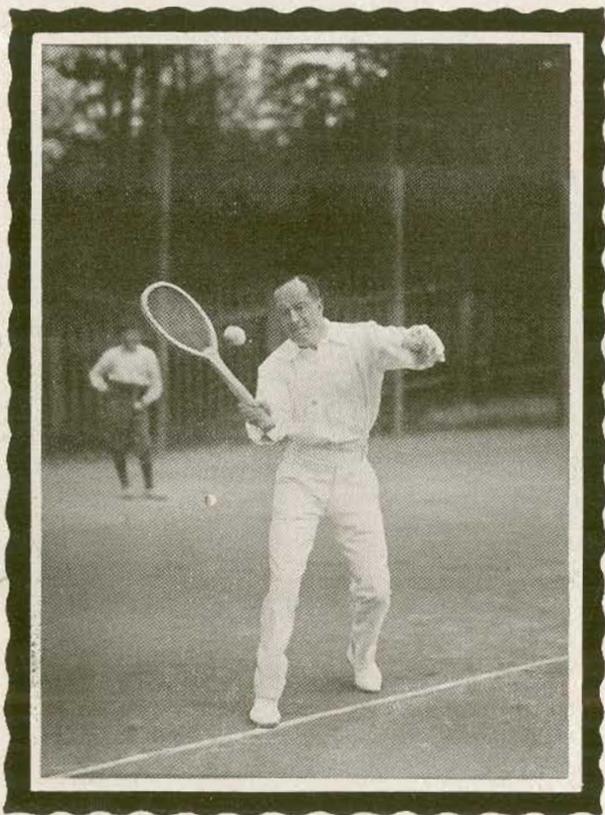
es la producción de una falsa perspectiva, si se compara con el *scope* de profundidad alcanzado.

A este defecto, que al parecer no se atribuía gran importancia, se debe la revolución producida por la aparición de los lentes doble anastigmáticos de Schulze & Billerbeck, de Gœrlitz Alemania, instrumentos de óptica perfectos, que trabajan a intensidades F. 4.

5, F. 5., F. 6. 5 y F. 6. 8 y que reúnen a más de las ventajas de los anastigmáticos generalmente conocidos, la gran propiedad de producir una perspectiva *casí humana*, y compuestos de solo dos combinaciones cementadas, aprovechan el máximum de luz incidental,

magnífica idea de lo que son capaces de registrar estos objetivos.

Los anastigmáticos de la Serie Va. de Schulze & Billerbeck trabajan a F.4.5 y a una intensidad tan exagerada, rinden negativos de una definición microscópica exquisita.



Tomada con «EURYPLAN». Rapidez 1/800

siendo exigua la pérdida de luz por reflexión, si se tiene en cuenta que solo llevan cuatro superficies reflectoras.

Esas sorprendentes fotografías de *sports* y equitación que en los magazines extranjeros maravillan al mundo entero, son registradas en placas fotográficas a una velocidad de $\frac{1}{1000}$ a $\frac{1}{2500}$ de segundo, y solo con la ayuda de objetivos de un poder lumínico tan asombroso, se hace posible la adquisición de tales documentos. Las fotografías que ilustran este artículo, dan una

Reúnen la ventaja, además, de componerse de dos combinaciones anastigmáticas, ambas perfectamente corregidas, y que se pueden usar separada o conjuntamente, siendo de doble largo focal, el de las lentes separadas, al de la doble combinación.

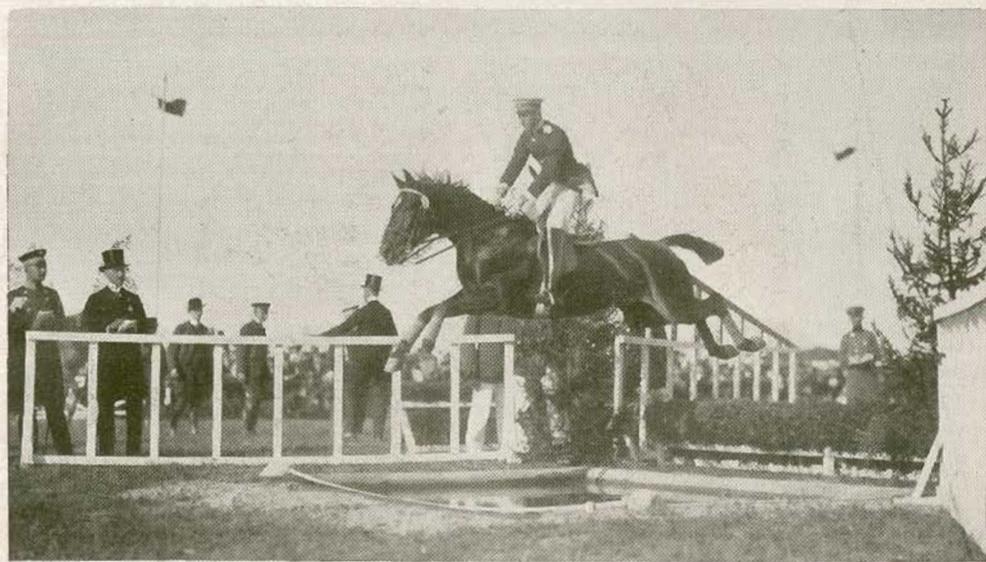
Fabricados con cristal de la Casa Schott & Genossen de Iena, de condiciones fotográficas perfectas, los anastigmáticos *Euryplan* de Schulze & Billerbeck están llamados por su grado de perfección insuperable, a reemplazar

muchos modelos de lentes anastigmáticos, que por el hecho de serlo, no son, sin embargo, de aplicación universal.

Lamentamos no poder referirnos a la fórmula científica por no sernos aun

conocida, lo que nos proponemos hacer en mejor ocasión.

Y al referirnos a los detalles de estos lentes, no lo hacemos sino en la creencia de cumplir un deber profesional.



Tomada con «EURYPLAN» Serie Va. Rapidez 1/1000

La nota fugaz

Damos por este medio las gracias a nuestro estimado colega *La Información*, por haber tenido la amabilidad muy señalada de permitirnos los grabados de los funerales del ilustre don Federico Tinoco. *La Información* fué el único periódico, que—debido a su actividad y al deseo de corresponder a la gran aceptación que en el público se le dispensa,—pudo obtener fotografías de este luctuoso acontecimiento.

* * *

El lunes antepasado dictó Alber-tazzi Avendaño en el centro penitenciarío de esta capital una brillantísima conferencia.

Don Víctor Urbano García, amigo muy estimado nuestro, acaba de regresar de un largo viaje por Europa. Lo saludamos.

* * *

Estuvo a visitarnos en nuestras oficinas el señor don Ramiro Gutiérrez Morán, representante de *Mercurio*, quien va en viaje de negocios para las Repúblicas del Sur.

* * *

Nuestro querido amigo don Próspero Calderón ha regresado definitivamente a la tierra. PANDEMÓNÍUM lo saluda muy cordialmente.

RESTAURANT EUROPA

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

COCINA ATENDIDA POR EL MISMO PROPIETARIO

CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS



CALLE CENTRAL NORTE, FRENTE A ROBERT HERMANOS

HABITACIONES AMPLIAS Y BIEN VENTILADAS

EL MEJOR HOTEL EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

RESTAURANT EUROPA